

Newton Compton Editores

Título original: *Always, in December*

© 2021, Emily Stone. First published in 2021 by HEADLINE REVIEW,
an imprint of HEADLINE PUBLISHING GROUP.

© 2023, de la traducción por Xavier Beltrán

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-50-7

Código IBIC: FR

DL: B 12.353-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital S. L.

Impreso en octubre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Emily Stone

Todo fue culpa de la nieve

Traducción de Xavier Beltrán



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para apreciar la belleza de un copo de nieve,
es necesario salir al frío.*

ARISTÓTELES

PARTE UNO: DICIEMBRE

Capítulo 1

Josie estaba en la puerta de su piso, debajo del muérdago que Bia había insistido en colgar «por si acaso», observando en silencio la caja que sostenía Oliver. Una de las manos de ella seguía apoyada en la puerta, y durante unos instantes casi cedió al impulso de cerrársela en las narices a ese mentiroso e infiel con un rostro demasiado simétrico, un detalle en el que acababa de fijarse.

Oliver se aclaró la garganta.

—Sé que querías recuperar tus cosas, así que se me ha ocurrido...

Vio algo en la expresión de ella que lo llevó a quedarse callado, y se limitó a contemplar la caja de las cosas de Josie. Intentó entregársela con una gran torpeza y terminó dando un golpe en el marco de la puerta.

—Ya.

Josie se rindió y se la cogió en un cuidadoso gesto para evitar tocarle la mano. Soltó un repentino gruñido por lo mucho que pesaba, bastante más de lo que le había parecido al principio. Supuso que era lógico; se había pasado dos años enteros dejando cosas en el piso de él, o bien por descuido o bien adrede para facilitarse la vida. Cosas que hasta hacía unas pocas semanas no pensó que fueran a salir de esa casa en el futuro inmediato, porque había imaginado que tarde o temprano se iría a vivir allí. ¿En qué habría pensado él al empaquetarlo

todo? Al principio Oliver le había rogado que no rompieran, pero ahí lo tenía, poniéndole un final definitivo a su relación.

Josie apretó los labios con fuerza para que le dejaran de temblar y le dio la espalda. Arriba de todo de la caja, rodando de un lado a otro encima de sus libros, como si él los hubiera guardado a toda prisa en el último momento, brillaban los pendientes de reno que Oliver le había regalado tres semanas atrás, justo antes de la comida de Navidad de la empresa. La comida en la que, en lugar de volver con ella una vez que terminaron los postres, se había quedado tomando algo y coqueteando con una compañera de trabajo de los dos. La comida en la que, en lugar de regresar a casa al poco, había ido directo a la casa de la citada compañera de trabajo. Y se había acostado con ella.

Josie dejó la caja en el suelo de vinilo, justo delante de la habitación de Bia. Dedujo que los pendientes habían sido el regalo de despedida de Oliver, aunque ninguno de los dos lo había sabido cuando se los dio. Aquella idea se había repetido en su cabeza una y otra vez desde la mañana siguiente —cuando, todavía tumbados en la cama, él le contó lo que había hecho—, una idea que la perseguía por más que intentara contenerla. La idea de que, si después de la comida no se hubiera ido pronto a casa, quizá en ese momento no estarían donde estaban. Quizá estaría aovillada a su lado en el diminuto sofá rojo de él viendo reposiciones de la serie *Line of Duty* y pidiendo comida tailandesa para llevar con una botella de vino blanco. Quizá Oliver no habría sucumbido a la tentación, también conocida como Cara. O quizá la aventura tan solo se habría retrasado hasta la próxima vez que se encontrara ante un *prosecco* y un vestido rojo muy ceñido.

Josie respiró hondo por la nariz al levantarse y se juró lanzar los pendientes a la basura en cuanto tuviera oportunidad.

Cuando se dio la vuelta, Oliver seguía en pie ante su puerta, y se obligó a componer una expresión impasible, a tragarse el nudo de rabia que tenía en la garganta. Él se metió las manos en los bolsillos de unos vaqueros demasiado apretados y apoyó el peso sobre los talones mientras miraba detrás de ella y observaba el piso como si fuera la primera vez que lo veía. Josie se cruzó de brazos y arqueó las cejas. No pensaba ponérselo fácil por nada del mundo.

–En fin... ¿Estás bien?

Por fin la miró a los ojos y pareció encogerse levemente por lo que encontró en la mirada de ella. Bien. Eso significaba que había conseguido fulminarlo. Levantó las cejas más aún. No le sorprendería que a esas alturas se escondieran debajo de su flequillo, pero le daba lo mismo. Se negaba a mantener cualquier tipo de conversación con él después de lo que le había hecho.

–A ver, es que después de lo que ha pasado hoy en la oficina, quería asegurarme...

Volvió a quedarse callado; por lo visto, había perdido la capacidad de elaborar frases completas. Josie siguió de brazos cruzados, abrigando la desesperada esperanza de que su cara no irradiase el calor que notaba debajo de las mejillas. Oliver se refería a lo que había ocurrido, cómo no. Uno de los principales inconvenientes de compartir oficina con tu ex, además del hecho de que tenías que verlo todos los días, era que no podías mentir y decir que en el trabajo todo iba «como la seda».

–Estoy bien –respondió, concisa, y, por la forma en que se suavizaron los ojos castaños de él al clavarlos en ella, supo que no se lo había creído.

Josie se pasó el peso de un pie al otro y deseó haberse cambiado el vestido de rayas blancas y negras del trabajo, que

le pareció demasiado ceñido y demasiado escotado, como si hubiera vuelto a casa a las dos del mediodía y se hubiera quedado sentada cuatro horas sin hacer nada. Y, siendo sinceros, era lo que había hecho. Aunque Oliver quizá no se daba cuenta. Cuando estaban juntos, nunca había prestado gran atención a lo que llevaba ella, algo que a Josie le había resultado sumamente encantador, ya que no le importaba lo más mínimo si la veía con chándal o con zapatos de tacón. Sin embargo, se preguntó si no habría sido mentira, teniendo en cuenta cómo era la chica con la que se había acostado.

Oliver abrió la boca, la cerró de nuevo y asintió. Sin duda, había descartado con inteligencia lo que iba a decir, el comentario de apoyo condescendiente que había estado a punto de dedicarle.

—Muy bien —dijo al final. Se pasó una mano por el pelo castaño oscuro, que le caía sobre la cabeza casi como si estuviera pegado con pegamento, aunque el costado que ella sabía que se peinaba a diario estaba un poco revuelto—. Pero sabes que aquí estoy si quieres hablar, ¿verdad, cariño?

—No me llames «cariño». —Josie levantó una mano y suspiró—. Por favor.

No quería oírlo. No quería que le ofreciese un hombro sobre el que llorar, que le dijese que seguía siendo importante para él. Porque si tan importante era no se habría acostado con otra. Y obviamente no con una mujer con la que trabajaban los dos, alguien a quien Josie tendría que ver en la oficina y que iba de un lado para otro con unos tacones que debían de ser incomodísimos, como si fuera la jefa suprema.

—Vale.

Oliver se pasó una mano por la nuca, apartó la mirada y se concentró en el apagado pasillo. Una de las bombillas titilaba ligeramente en el extremo opuesto del corredor, un efecto

que resaltaba la espantosa moqueta sucia, que contrastaba con el vinilo del resto del piso, que Josie se esforzaba por mantener limpio y reluciente. Respiró hondo y la miró de nuevo con esos ojos castaños de Bambi, de los que ella se había enamorado dos años y medio antes, cuando lo vio dar vueltas por la oficina con la suficiente confianza como para que resultara atractivo y no irritante.

–Escucha, Jose, sé que te he hecho daño, y sé que crees que nunca podrás perdonarme, pero no me hace ninguna gracia pensar que estás aquí sola, intentando asimilarlo todo. Creo que si pudiéramos hablar...

Josie negó con la cabeza.

–Oliver, ahora mismo no puedo.

La mano de él cayó sobre su costado, y lo vio tan patético en ese momento, con los hombros encorvados bajo la chaqueta negra North Face, que casi estuvo a punto de ceder y ponerle una mano en el brazo. Casi. Hasta que recordó que no era él quien había sufrido una traición en esa situación. No tenía ningún derecho a intentar restarle importancia, a hacerle sentir que estaba exagerando con su reacción.

–Y no estoy sola –añadió con voz afilada–. Tengo a Bia.

–Ya.

Oliver asintió varias veces, clavadito al perro que bamboleaba la cabeza que le habían regalado ese año en el amigo invisible de la oficina. Lo había colocado en su mesa para intentar agradecer el detalle, aun cuando todo el mundo que se detenía a hablar con ella movía la maldita cabeza del chucho al alejarse, y era Josie quien debía observar de reojo cómo el perro asentía cada vez más lentamente mientras intentaba escribir en el ordenador.

–Muy bien. –Oliver se aclaró la garganta–. Bueno, supongo que nos veremos en la fiesta del jueves, ¿no? –Intentó esbozar

una sonrisa titubeante para enseñar los dientes torcidos que ella sabía que detestaba.

–Supongo que sí –respondió Josie haciendo un esfuerzo por no suspirar.

La fiesta a la que todos debían ir, a pesar de que se celebrara en Nochebuena.

Oliver se quedó unos instantes más frente a la puerta, y Josie se preguntó si esperaba que le diera un abrazo o lo invitara a entrar. A fin de cuentas, durante toda su relación siempre había sido ella la que se comprometía, la que se quedaba hasta tarde porque le apetecía salir por la noche o la que aceptaba irse de finde o puente a una ciudad bulliciosa en lugar de ir al campo a descansar. Los dos lo sabían, los dos sabían cuál era su papel. Pero aquello era distinto. Oliver levantó la vista, vio el muérdago que colgaba triste encima de ellos y se puso un poco colorado. Josie hizo una mueca. Iba a matar a Bia.

–Bueno –murmuró él–, pues supongo que ya nos veremos allí. –Se apartó de la puerta, pero la miró a los ojos antes de que se la pudiera cerrar en las narices–. Lo siento, ¿vale? –Sus ojos, casi del mismo tono castaño que los de ella, no parpadearon ni una sola vez–. Sé que es muy mal momento y que en realidad... –Negó con la cabeza–. Nada, que lo siento.

Josie dudó medio segundo con los labios muy apretados. Se preguntó si debería decir algo para que él se diera cuenta de que no bastaba con sentirlo, para preguntarle por qué y por qué precisamente en ese momento, una época del año que, como Oliver bien sabía, para ella era muy difícil. Y para preguntarle si se había vuelto a acostar con Cara, si se irían a vivir juntos ahora que Josie había salido de la escena. Pero fue incapaz de hacerlo, no estaba segura de querer conocer la respuesta. De ahí que al final tan solo asintiera una vez y cerrara la puerta lentamente.

Se permitió tomarse unos instantes para cerrar los ojos y apoyar la cabeza en la puerta. Pero se negó a verter ni una sola lágrima, respiró poco a poco y les rogó a sus ojos que dejaran de escocerle. «No merece la pena», se dijo a sí misma. Había pasado por cosas peores y había sobrevivido, ¿a que sí?

Se alejó de la puerta y suspiró mientras llevaba la caja con sus cosas hasta su habitación, situada en el extremo del pasillo. El dormitorio más grande, porque Bia había insistido en que lo ocupara ella, aunque las dos pagaban lo mismo de alquiler. Puso una mueca al ver el espumillón lila que Bia había puesto alrededor del marco de su puerta. Una parte de ella quiso arrancarlo, pero no lo hizo porque, a pesar de lo que sentía hacia ese tema, sabía que Bia se molestaría.

Acababa de dejar la caja sobre su cama cuando oyó una llave en la cerradura de la puerta del piso. Hablando de la reina de Roma.

—¿Jose? ¡Josie!

Al sonido de la voz de Bia le siguieron otros varios de objetos que caían al suelo, incluido el tintineo de un llavero, y los improperios de su amiga. Josie soltó una carcajada sin querer al asomar la cabeza por la puerta de su dormitorio y ver el bolso multicolor de Bia en el suelo, todas las cosas desperdigadas y uno de los brazos de su amiga atascado dentro de la manga del abrigo mientras se sacudía para intentar quitárselo. Bia la vio y levantó una botella de vino con la mano que no tenía atrapada.

—Aquí tengo lo esencial, que es lo que cuenta. —Dejó con cuidado la botella en el escalón que llevaba a la cocina y luego consiguió quitarse el abrigo y lanzarlo dentro de su cuarto sin mirar—. Ven, me da a mí que necesitas beber una copa.

Josie la siguió, obediente, hasta la cocina americana que también hacía las veces de comedor y se sentó en el sofá de

segunda mano en tanto Bia revoloteaba por la cocina en busca de copas. El comedor lucía acogedor y festivo, con guirnaldas encima de la chimenea de mentira y alrededor de las ventanas, un cuenco con nueces en la mesita que se encontraba en el centro de la estancia y un arbolito de Navidad en el rincón, decorado sin ton ni son con bolas azules, plateadas, rojas y doradas, y con espumillón, de tal manera que si te lo quedabas mirando demasiado rato terminabas mareándote. Todo era obra de Bia salvo un adorno del árbol, un pequeño cisne de madera, que Bia le había regalado a Josie el primer año que compartieron piso y que la había obligado a colgar en el árbol desde entonces.

Qué suerte había tenido de que Bia fuera una de las cuatro personas con las que había compartido piso desde que se mudó a Londres. En la ciudad no conocía a nadie, así que tuvo que apuntarse a una web de compañeros de piso, y para tomar la decisión y escoger vivienda se basó en una visita de veinte minutos y una charla incómoda con el resto de los compañeros. Había sido la chispa de Bia lo que la había atraído desde el principio, y ocho años después seguían viviendo juntas, aunque en otro piso.

–En fin –dijo Bia mientras le ponía delante una copa de vino tinto, antes de apoyarse en la encimera que separaba la zona de comedor de la cocina–. Me he cruzado con el enano cabrón por las escaleras.

Con un metro y cuarenta y cinco de altura, Bia no estaba en posición de llamar «enano» a nadie, pero siempre había estado convencida de que Oliver tenía complejo por ser un par de centímetros más bajo que Josie. Quizá estaba en lo cierto, pensó Josie, ya que Cara era muy bajita y no alta y desgarrada como ella.

Miró con el ceño fruncido a Bia, que ya estaba al corriente de

la ruptura y de que él le había contado que se había acostado con otra mientras ella estaba en la cama, medio dormida y sin desvestirse del todo.

–¿Quieres que hablemos? –le preguntó Bia.

–No hay nada más que decir. –Josie se encogió de hombros–. Solo ha venido a traerme mis cosas.

–Qué amable –resopló Bia.

–Mucho.

Bia bebió un trago de vino, cerró los ojos y gruñó con un placer no fingido del todo.

–Qué maravilla –suspiró–. Te juro, Josie, que como alguien me ofrezca otra puta copa de vino caliente y especiado, se la tiro a la cara.

–¿Qué le ha pasado a tu yo alegre y festivo? –Josie arqueó las cejas.

–Uy, sigue aquí dentro, pero quiere champán, no alcohol aguado.

Bia bebió otro trago de reconfortante vino y Josie dio un sorbo a su copa.

–Está bueno.

–Es Malbec. –Bia sonrió–. Para ponerme de humor para el vuelo de mañana.

–¿Cómo? –Josie frunció el ceño.

–No me digas que lo has olvidado.

Josie dudó, desprevenida.

–¡Argentina! –exclamó Bia. Su vino se balanceó peligrosamente cerca del borde del cristal cuando agitó el brazo en el aire–. ¿No te acuerdas? Si fuiste tú la que me dijo que no me lo pensara. Me iré a encontrar el polvo de mi vida, a pasar la Navidad en la playa y luego de fiesta en Fin de Año por Buenos Aires. Ya te lo había contado –insistió.

–Sí, pero no creí que...

Josie no terminó la frase. Le había dicho que se fuera sin pensarlo, sí, pero porque en ese momento supuso que pasaría las Navidades con Oliver, como habían planeado, pero no pensó que Bia fuera a hacerlo. Su amiga siempre anunciaba grandes planes y luego nunca los llevaba a cabo... Durante el verano renunció a un retiro de yoga de un mes en España porque decidió que en realidad no le gustaba el yoga, por no hablar de la vez que se apuntó a clases de interpretación en Londres antes de darse cuenta de que no se las podía permitir, ni de cuando creyó que sería estupendo ganar algo de dinero vendiendo productos de belleza desde casa, hasta que vio que las ventas suponían mucho esfuerzo.

–Y cuando vuelva, habré descubierto por arte de magia qué quiero hacer con mi vida y por fin podré dejar el horrible curro de asistente personal.

Josie asintió e intentó que pareciera que había prestado atención a todo lo que acababa de decir Bia.

–Porque así es como va la cosa, ¿no? –continuó Bia–. Las vacaciones que te cambian la vida, en plan epifanía.

–¿Eh? Sí, sí, así es como va, seguro.

Bia torció los labios, claramente poco impresionada por la falta de entusiasmo de Josie.

–A no ser que creas que deba ser una asistente personal de por vida.

–No, no digas tonterías –terció Josie.

Aunque, puestos a decir la verdad, era bastante difícil estar al día de en qué trabajaba Bia en un momento dado... Desde que Josie la conocía, los empleos no le habían durado más de ocho meses, si bien ella no lo interpretaba como la prueba de que era una persona extravagante, sino una que estaba intentando saber qué le apetecía hacer. A Josie vivir de esa forma la pondría al borde de sufrir un

constante paro cardíaco, no le cabía ninguna duda, pero a Bia le iba bien así.

–Jose, ¿estás bien? –Bia la miró con el ceño fruncido.

–Sí –respondió, y bebió un buen trago de vino como distracción–. A ver, que ha venido Oliver, ya sabes.

Bia asintió. En realidad, Josie no había sido consciente hasta ese momento de que se pasaría las Navidades sola. No había pensado demasiado en eso, había intentado apartar esa época de su mente como de costumbre, pero cuando le venía a la cabeza suponía que Bia estaría con ella durante la mayor parte de las vacaciones, teniendo en cuenta que los padres de su amiga también vivían en Londres. De pronto, se enfrentaba a la idea un tanto lúgubre de tener que pasar una semana sola en ese piso. Miró de forma automática hacia la mesita de centro, hacia los tres sobres con los que estaba ocupada segundos antes de que Oliver la interrumpiera. El primero, por abrir, era una carta formal de su empresa. El segundo, una tarjeta de Navidad de su abuela, en que le recordaba, una vez más, que sería muy bienvenida a pasar las fiestas con ellos. Y el tercero, la misma carta que ella escribía año tras año, sin excepción, a sus padres.

Bia siguió la mirada de Josie, pero no le preguntó nada, detalle que su amiga agradeció. No soportaría contarle ya lo de su trabajo, y Bia conocía de sobra los motivos por los cuales Josie no quería ir a pasar la Navidad con sus abuelos. Pero lo de la última carta no lo sabía. Josie no se lo había contado nunca a nadie... Era algo privado, algo que hacía por sí misma.

–¿Por qué no te vienes conmigo? –le preguntó Bia con suavidad–. La oferta sigue en pie, me encantaría que me acompañaras.

Josie levantó la vista y detestó ver en la expresión de Bia que la comprendía. Le empezó a doler la cabeza por intentar

contenerse y resistir la urgencia de volver a echarse a llorar. Aquel día había sido muy duro, nada más. Vaciló y luego suspiró.

—No puedo. Lo siento.

La idea de comprar un billete para el día siguiente era demasiado teniendo en cuenta los cambios drásticos que había experimentado su vida en cuestión de unas pocas semanas. Había visto de primera mano que las decisiones impulsivas podían derivar en consecuencias devastadoras, y, aunque esa clase de espontaneidad parecía irle bien a Bia, no era algo que ella hubiera podido hacer. La mera idea de pensarlo le hizo sentir un nudo de ansiedad en el estómago.

—Bueno, y ¿qué me dices de Laura? —le propuso Bia refiriéndose a la autoproclamada mejor amiga de Josie en el trabajo—. Para pasar la Navidad con ella, digo.

—Se va a Escocia con su buenorro prometido escocés.

—Qué típico. —Bia negó con la cabeza—. Vale, bueno, a ver, en el bolso llevo otra botella de esto...

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Así que nos acabamos esta y la segunda, pedimos comida para llevar y a lo mejor ponemos *Love Actually* o, si lo prefieres, *Orgullo y prejuicio* o algo parecido.

—No estoy muy de humor para pelis románticas. —Josie arrugó la nariz.

—¿*El Señor de los Anillos*?

Josie se echó a reír. Pasó la mirada de Bia, cuyo rostro en forma de corazón estaba siempre enmarcado por su rizada melena de rojo vivaz, que se había teñido para hacer juego con las fiestas navideñas pero que de un momento a otro podía cambiar de color, al árbol de Navidad adornado en exceso, y notó que se le constreñía dolorosamente el pecho al pensar en vivir en ese piso sin Bia a partir del día siguiente. El escozor

de los ojos regresó. Buf, necesitaba controlarse de una santa vez. Bajó la vista hasta los sobres de la mesa de nuevo, pensó en todo lo que implicaban y supo que debía salir de casa.

–No me parece mal plan. Tengo que ir a echar la carta y vuelvo enseguida.

–¿Ahora? –exclamó Bia, incrédula.

–Vuelvo enseguida –repitió Josie mientras se levantaba y dejaba la copa de vino medio vacía en la encimera de la cocina al lado de Bia antes de coger las tres cartas. Lanzó dos de ellas sobre su cama, junto a la caja de sus cosas, y después cogió el móvil, el candado de la bici y la tarjeta de crédito, por si acaso.

Cuando se encaminó por el pasillo hacia la puerta del piso, Bia se puso en lo alto del escalón del comedor, viéndola irse por encima del borde de su copa de vino.

–Si es tu manera de huir pitando porque hueles a humo y yo no o algo así, que sepas que regresaré en forma de fantasma para perseguirte después de morir quemada viva.

Josie puso los ojos en blanco. Acto seguido, se abrigó y se calzó, y se metió la última carta en el bolsillo.

–Qué imagen tan gráfica y bonita.

–Vale, pero date pri-sa –la apremió Bia separando las sílabas de la última palabra–. Si no vuelves pronto, me terminaré el vino que te queda. Me lo beberé de tu copa sin ningún tipo de vergüenza.

Josie le dijo adiós con una mano sin girarse mientras salía de casa.

En cuanto se encontró al otro lado de la puerta, se permitió arrugar la expresión y cerrar los ojos. En los últimos veinte años, no había habido ni siquiera uno en que esperara con ilusión el día de Navidad. Hacía mucho tiempo que había olvidado cómo era lo de ser una niña pequeña, desesperada y emocionada por la llegada de Santa Claus, atenta por si oía

el crujido de unos pasos adultos. Y aunque le gustaban las vacaciones del trabajo y el tiempo extra que podía pasar con sus amigas, que siempre estaban de mejor humor que ella y buscaban excusas para disfrutar a medida que se acercaba el gran día, le daba pavor la cuenta atrás hasta Navidad por los recuerdos que le traía. En los últimos años, la había pasado en Londres, ocupada y distraída, algo en que la habían ayudado sus buenas amigas –sobre todo, Bia y Laura–, un trabajo exigente y, hasta hacía bien poco, Oliver. De pronto, le habían arrebatado dos de esas cosas. Josie se metió una mano en el bolsillo del abrigo y acarició el suave sobre con un par de dedos. Por lo visto, ese año la Navidad iba a ser desoladora, sí.

Capítulo 2

El viento frío y húmedo le azotaba la cara mientras recorría en bicicleta el lateral de Streatham Common, con los dedos enguantados ligeramente apoyados sobre los frenos, dejando atrás a la gente que corría para cruzar la calle. Su aliento se condensaba delante de ella, los vahos desaparecían en la burbujita de oscuridad que la rodeaba, una oscuridad que con tanta gente y tanta luz no abarcaba demasiado espacio, a diferencia del pueblecito en el que creció, donde aprendió a encender una antorcha cada vez que salía de casa por la noche. Las mejillas se le estaban congelando, y tuvo la sensación de que unas gotas de agua diminutas se pegaban a su piel, aunque no estaba lloviendo. Últimamente se había hablado mucho de posibles nevadas, en la oficina y en las noticias, y todo el país se emocionaba ante la idea de vivir una blanca Navidad, como todos los años. Josie preferiría con mucho gusto que lloviera, si bien sabía que era una opinión controvertida, y de ahí que a menudo se la guardara. Pero para ella la nieve no hacía más que traer al presente recuerdos dolorosos del día de Navidad de veinte años atrás, viendo por la ventana cómo algodonosos copos de nieve caían en el camino de entrada vacío de la casa de sus abuelos, con un enorme paquete de regalo sin abrir a su lado, mientras escuchaba los agobiantes sollozos de su abuela, que le estaba preparando una taza de chocolate caliente en la estancia contigua.

Josie arrugó el ceño para combatir el picor que le embargaba la nariz y respiró hondo. Acabó tosiendo por culpa del humo de los coches que había tragado sin querer. Giró a la derecha a los pies de la colina y pedaleó más deprisa pasando por delante de la estación del tren y del primer buzón que vio. Todavía no estaba preparada para echar la carta y volver a casa, sino desesperada por olvidar el día espantoso que acababa de vivir.

Se vio obligada a detenerse en el siguiente semáforo, resollando más fuerte de lo debido, teniendo en cuenta el poco rato que había estado sobre la bici. Esperó a que el muñequito pasara de rojo a verde y una oleada de gente cruzó la calle a la vez con la cabeza gacha y con ganas de regresar a la calidez del hogar. Pero había tres personas que no se daban prisa como las demás, sino que caminaban sonrientes, ajenas al caos de su alrededor. Una familia, formada por la madre, el padre y un niño de unos cinco o seis años, dedujo Josie. El niño se reía con una diadema con orejas de reno encima de su cabello rubio, que se bamboleaba con cada movimiento de su cabeza. Los padres le agarraban las manos, y el pequeño se mecía adelante y atrás, utilizaba los brazos de ambos como si fueran palancas para propulsarse en el juego en el que estaba inmerso.

Le recordó muchísimo a cuando ella era pequeña, a noches como aquella, pero más tranquilas, sin el zumbido del tráfico, los molestos bocinazos y la gente chasqueando la lengua cuando alguien se cruzaba en su camino. Las calles de su pueblo natal tal vez fueran más fáciles y seguras de recorrer, pero ella también hacía eso: sujetaba las manos de sus padres y exigía que la balancearan a la de tres, hasta que fue demasiado alta para ello. Así era como iban hacia el buzón de correos la semana anterior a Navidad, todos los años desde que tenía uso de memoria y los previos en que no lo tuvo, según su

abuela. Cogidos de la mano, ella en el medio con una carta para Santa Claus metida en el bolsillo del abrigo, dispuesta a enviarla al Polo Norte.

El año que destacaba en sus recuerdos era el que cumplió nueve. Había nevado y Josie estaba encantada, corriendo de un lado a otro dejando huellas en la nieve como uno solo puede hacer en el campo, y quiso ir a la tienda a por una zanahoria que hiciera las veces de importantísima nariz de un muñeco de nieve. Ninguna de las zanahorias que tenían en casa servía; debía ser perfecta, insistió. Echaron la carta al buzón de camino a la tienda, y solo dejó de balancearse agarrada a los brazos de sus padres cuando su madre estuvo a punto de perder el equilibrio sobre el hielo que cubría la acera. Por alguna razón, aquel recuerdo en particular estaba grabado a fuego en la cabeza de Josie: la bota marrón acolchada de su madre resbaló y esta tiró de la mano de su hija para no caerse, a punto de lanzarla a ella al suelo de paso. Su madre se rio por ser tan torpe, su padre y Josie se sonrieron. Una premonición de lo que iba a suceder una semana más tarde, como a menudo pensaba Josie.

¿Qué le había escrito ese día a Santa Claus en la carta? Recordaba cómo crujía la nieve bajo sus pisadas, cómo se le empezaron a entumecer los dedos mientras se acercaban al buzón, a pesar de los guantes rojos que llevaba. Recordaba el gorro plateado con borla de su madre, que le tapaba el pelo castaño claro y la hacía parecer una princesa, como había pensado Josie por aquel entonces. Y podía oír la voz de su padre, enumerando tonterías que podría haber añadido su madre a la lista: un calcetín izquierdo, una cebolla, un nuevo lavavajillas. Pero no tenía la más mínima idea de lo que había querido ella ese año por Navidad, de lo que había anhelado su corazón de nueve años.

En esa época todavía creía en Santa Claus. Solo un año más tarde, cuando no le trajo lo único que había escrito en la lista, y que había echado en el buzón como siempre, agarrada a la mano de su abuela en el lugar que debería haber ocupado su madre, dejó de creer.

Aunque eso no puso fin a la tradición. Año tras año, ella seguía escribiendo una carta por Navidad y seguía echándola en el buzón. Era algo a lo que nunca sería capaz de renunciar. Pero la carta era muy distinta y todos los años decía lo mismo.

Queridos mamá y papá, os echo de menos, como siempre. Feliz Navidad y mucho amor.

Josie

El sonoro pitido del claxon de un coche la devolvió a la realidad. Se dio cuenta de que estaba en la calzada. El semáforo había cambiado, pero ella estaba deteniendo el tráfico porque estaba quieta en el medio de la calle, en lugar de en la izquierda, donde debería haberse encontrado. Puso una mueca y se afanó en colocar las zapatillas sobre los pedales para impulsarse y llegar a la otra acera enseguida, y evitó adrede mirar hacia el coche que tenía tras de sí por el miedo a ver al conductor fulminarla con la mirada. Se secó una lágrima que había escapado a su control, respiró hondo para recomponerse y empezó a pedalear de nuevo. Pasó por delante de otro buzón, pero no estaba preparada para volver a su piso, no estaba preparada para sonreír y beber y hablar de lo maravillosamente bien que se lo pasaría Bia en su aventura. Necesitaba despejar la cabeza antes. «Piensa en otra cosa», se dijo con rotundidad. Al instante, su mente se trasladó al trabajo, algo que no resultaba de mucha ayuda en esos momentos. Porque lo único que consiguió fue conjurar

una imagen de su jefa y visualizar su pelo negro y liso cuando le pidió que la acompañara a uno de los pequeños cubículos de cristal, en el que todo el mundo las vería, para «charlar».

«Josie, me temo que tenemos que hablar de una cosa».

Josie apretó los dientes y pedaleó más deprisa para adelantar al ciclista que tenía delante. Ya había llegado a Streatham High Road, justo debajo de las luces de Navidad que, aun sin llegar a ser tan impresionantes como las de Oxford Street, seguían dejando en ridículo a los adornos modestos de los que tan orgulloso había estado su pueblo natal. Se preguntó si todavía los colocaban y cuánto habría cambiado la tradición navideña. Todo el mundo se juntaba para presenciar el alumbrado y la gente bebía vino casero y comía pastel de carne, la excusa perfecta para ponerse al día con los últimos rumores y chismorreos. Josie había asistido todos los años con su padre y desaparecido con su mejor amiga de la escuela en cuanto llegaban para ir en busca de las chokolatinas que alguien siempre dejaba sin vigilar en algún sitio. Sus abuelos intentaron llevarla el primer año después de lo ocurrido, pero ella no dejó de llorar en ningún momento, y al final dejaron de acudir. Se preguntó si sus abuelos habrían vuelto a ir después de que ella se fuera a la universidad y se mantuviera alejada, sin excepción, de las vacaciones navideñas, o si para ellos también era demasiado doloroso. Nunca había sido capaz de preguntárselo.

Se reprendió a sí misma cuando tuvo que dar un volantazo para evitar a un peatón que no había mirado al cruzar la calle. No debería estar pensando eso, no estaba distrayéndose en absoluto. Vale, pues a por otra cosa que no fuese el trabajo. Pero esa otra cosa era Oliver, claro. Oliver al decirle que debía contarle algo mientras estaba sentada en su cama. Oliver al reírse cuando ella le sugirió que Cara le había hecho ojitos durante la comida de Navidad y diciéndole que volvía a casa

enseguida, que se quedaba a tomar otra copa. Y la propia Cara al echarse hacia atrás la sedosa melena y observar a Oliver con esos ojos azules brillantes, pintados con un delineador dorado, y con un vestido rojo despampanante.

Un vestido rojo, como rojo era el vestido de su madre, el que se ponía para la fiesta de Nochebuena. La fiesta a la que sus padres no iban a asistir, pero en el último minuto cambiaron de opinión porque la abuela de Josie los convenció. Su madre se había pintado los labios de rojo para ir a juego con su vestido y dejó que su hija se aplicara un poco.

«Pórtate bien, ¿eh, cariño?». Era la voz de su padre, borrosa en su recuerdo porque era incapaz de recordar cómo sonaba. La cogía por la cintura y la balanceaba abajo y arriba, haciéndole gritar de alegría, mientras su madre ponía mala cara porque la pequeña pesaba demasiado como para que siguieran haciendo eso. «Todavía hay tiempo para que Santa Claus cambie de opinión, ¿sabes?».

Josie cruzó el siguiente semáforo justo a tiempo, antes de que se pusiera ámbar. Su respiración se iba acelerando más y más, pero siguió adelante con la necesidad de sentir ardor en los muslos.

Su abuela le dio una palmada a su madre en la mano.

«Id y pasáoslo bien, cariño. Nosotros estaremos bien aquí, ¿verdad, Josie?».

La pequeña asintió con la cabeza llena de trenzas, decidida a dormir con ese peinado para que el día de Navidad tuviera el pelo ondulado, porque su pelo se veía mejor cuando estaba ondulado, y todo el mundo sabía que el día de Navidad había que lucir lo mejor posible. No quería que sus padres se fueran, quiso que se quedaran y vieran la película con ella, pero le prometieron que estarían allí por la mañana y que podría ir a su dormitorio en cuanto se despertase para abrir los regalos.

La visión de Josie se emborronó. Los faros de los coches se parecían más bien a llamaradas, que lo iluminaban todo a ambos lados de la calle y lo bañaban de un resplandor anaranjado.

La policía llamó a la puerta y habló con su abuelo, que todavía llevaba su bata de cuadros escoceses. Josie bajó las escaleras a hurtadillas y se preguntó cómo era posible que todos se hubieran despertado antes que ella y si ya no quedaría ninguna de las tortitas que su madre preparaba cada Navidad para desayunar. Su abuela, con el rostro pálido y los ojos rojos, se giró para mirarla.

«Vamos arriba un minuto, ¿te parece, cariño mío?».

Las lágrimas fluían ya libremente, era imposible detenerlas. Trazaban varios regueros de calor que le recorrían las mejillas, y saboreó la sal cuando le llegaron a las comisuras de los labios.

Nuevos faros destellaron mientras intentaba despejar la vista, sin saber si la luz era del presente o de su recuerdo. Una bocina retumbó en su mente. Los rostros de sus padres, iluminados por los faros. Ella no había estado allí, pero eso no le impedía imaginárselo una y otra vez.

La misma bocina de nuevo. Josie soltó un grito, giró hacia el carril bici y agachó la cabeza para cambiar de marcha, pero le resbalaron los guantes sobre el metal.

Al levantar la vista, vio que un taxi negro se detenía en la calle justo delante de ella, bloqueando el carril bici, con los cuatro intermitentes puestos. Josie intentó frenar, pero la puerta del taxi ya se estaba abriendo hacia la acera. Con un impropio, Josie viró y tan solo vio un breve destello del rostro de un hombre que salía del taxi y cerraba la puerta tras de sí antes de volverse hacia ella al ver que se precipitaba hacia delante.

Los frenos de la bici chirriaron, y Josie intentó girar a la izquierda para no chocarse con ese hombre, pero no lo

consiguió. El corazón le dio un vuelco en el pecho, y durante un segundo paralizante lo miró a los ojos y vio la luz de su bici reflejada en ellos.

Y en ese momento el desconocido se vio empujado hacia atrás, y la bici salió disparada hacia un lado. Josie extendió los brazos y el dolor se adueñó de sus muñecas cuando cayó sobre el pavimento con un golpe seco.

Capítulo 3

Josie estaba despatarrada en el suelo, con el corazón a mil por hora y un zumbido en los oídos. Le escocían las rodillas y notó cómo la humedad de la calzada le calaba los muslos. Al incorporarse hasta una extraña posición agachada, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Había varias personas reunidas a su alrededor, una de las cuales estaba gritando, como advirtió ella cuando los sonidos por fin superaron el zumbido que le retumbaba en los oídos. Se concentró en una silueta que iba de un lado a otro del taxi. Era una mujer bajita y un tanto rolliza. ¿Por qué le estaba gritando a ella? Y entonces ató cabos: era la conductora del taxi.

—¿No me has visto? —le chilló con una voz desproporcionadamente estruendosa comparada con su tamaño—. ¿En qué cojones estabas pensando al abalanzarte sobre nosotros a esa velocidad? ¿No tienes ojos o qué? ¿No te ha parecido adecuado reducir la velocidad, coño?

Josie consiguió ponerse en pie con una ligera mueca de dolor. No se había hecho muchísimo daño, pero había torcido el brazo en una extraña postura al intentar amortiguar la caída y estaba segura de que, cuando más tarde comprobase su estado, se encontraría un arañazo en la cadera. Y se había hecho una carrera en los muslos. Estupendo. Bueno, supuso que era lo que te ocurría si montabas en bici con ropa totalmente inapropiada.

Uno de los transeúntes que se había detenido a presenciar el espectáculo le preguntó si se encontraba bien, y Josie asintió, estupefacta, mientras la taxista seguía echando espumarajos por la boca con los ojos clavados en un punto detrás de ella. Josie dio un brinco al recordar, demasiado tarde, al hombre al que había arrollado. Se giró y su corazón se aceleró de nuevo.

Se le entrecortó ligeramente la respiración al verlo. Otro hombre, con unas ligeras entradas, se había detenido a ayudarlo, y se estaba levantando poco a poco con movimientos lentos y extraños. Josie corrió hacia él con los nervios a flor de piel y la boca seca.

—¿Estás bien? —le soltó, pero no pareció oírla por culpa de la incesante cháchara del grupillo que se había congregado a su alrededor.

El de la calva incipiente le estaba dando una tarjeta y unos cuantos pedazos de papel que se le debían de haber caído. Josie dio otro paso adelante y se ganó otra mirada fulminante de la taxista. Santo Dios, ¿y si el tío estaba herido? Se había levantado, pero parecía un tanto inseguro de pie... ¿Y si se había roto una costilla?

—Lo sí... —intentó disculparse, pero se detuvo sin aliento cuando el hombre al fin la miró.

Josie no conseguía verle toda la cara, tan solo una mandíbula cincelada y un pelo revuelto, pero le pareció que ese rostro se oscurecía; las sombras de la noche habían ganado la batalla a los rayos de luz que proyectaban las farolas y los faros de los coches. Josie dio otro paso vacilante hacia él y se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Lo siento mucho —jadeó.

Él no dijo nada, tan solo le dirigió una mirada y se giró hacia el calvito, que lo estaba ayudando a recuperar la última de sus pertenencias.

Josie fue muy consciente de cuánto le sudaban las manos.

–No sé qué decir, la verdad, no puedo pedirte disculpas las suficientes veces –balbuceó con la esperanza de que la mirara a los ojos en lugar de observar el asfalto con el ceño fruncido como si ella no fuera digna de merecer su atención–. Es que no sé qué ha pasado, no estaba concentrada, toda la culpa es mía y...

El hombre levantó una mano cuando la multitud que los rodeaba empezó a dispersarse con apenas interés ahora que el drama del momento había terminado. La miró de arriba abajo, como si sopesara la franqueza de sus palabras, y se fijó en las carreras de los muslos, la falda de su vestido de trabajo que asomaba por debajo del abrigo de invierno azul y las zapatillas blancas y moradas que obviamente no encajaban con el conjunto. Josie se puso rígida y, cuando la mirada de él ascendió hasta su cara, notó cómo se le ruborizaban las mejillas. No le cabía ninguna duda de que estaba hecha un auténtico desastre; seguro que él creía que acababa de atropellarlo una chiflada.

–No pasa nada –respondió con voz entrecortada y lo bastante bajo como para que apenas se oyera por encima de los ruidos del tráfico. Se giró de nuevo para darle las gracias al de las entradas, que asintió, miró a Josie de forma un tanto curiosa y luego echó a caminar por la calle.

–Sí que pasa, joder –masculló la taxista, aunque la mujer ya les había dado la espalda. Al parecer, había decidido que, ahora que era obvio que nadie estaba herido de gravedad, lo mejor que podía hacer era largarse.

Josie titubeó. Le ardía la rodilla, pero no quería agacharse a mirársela por si eso daba a entender que estaba más preocupada por sí misma que por el desconocido al que había arrollado. Como ya solo quedaban los dos, él la miró y sus

ojos se encendieron brevemente, como si lo sorprendiera verla todavía allí. Josie no pudo adivinar el color porque no sabía si eran oscuros solo por la expresión de él. Se percató de que debía de tener su misma edad y era un par de centímetros más alto que ella.

–Lo siento mucho, muchísimo –repitió, consciente de que sonaba a un disco rayado, pero estaba totalmente perdida y no sabía qué decir que no sonase fatal, dadas las circunstancias.

–Ya te he dicho que no pasa nada –insistió él con un cansado suspiro. No con voz entrecortada como antes, pero seguía sin ser lo que andaba buscando ella.

Josie se mordió el labio, pero, antes de que pudiera decir nada, la taxista bajó la ventanilla del asiento del copiloto.

–¿Todo bien, pues? –preguntó, haciendo un evidente esfuerzo por no mirar hacia Josie. Había decidido que era mejor castigo que ponerse a chillarle cosas.

–Todo bien, sí. –El hombre asintió.

Vaya, con la taxista era superafable. Pero, claro, Josie supuso que la mujer lo había ayudado a llegar donde quería ir, no lo había derribado nada más bajar del coche.

–Genial. –Dicho esto, la taxista subió la ventanilla y se incorporó al tráfico detrás de un autobús.

El hombre volvió a fruncir el ceño en cuanto el taxi se marchó y se concentró de nuevo en la calle. La estaba ignorando con tanta determinación que Josie bien podría haberlo dejado ahí, pero le parecía mal abandonarlo. Ella también miró hacia la calle y encontró antes que él lo que buscaba con la mirada. Cogió su móvil, a un metro o así de donde se encontraba, y se le hizo un nudo en el estómago al ver que la pantalla estaba totalmente destrozada.

–Mierda –murmuró, y puso expresión avergonzada al devolvérselo-. Lo...

–¿Siento?

El desconocido arqueó las cejas al aceptar el móvil de sus manos y ella se sonrojó. Tenía los ojos verdes, vio ahora que estaban más cerca, aunque eran esa clase de ojos con dos colores distintos, con un círculo un poquito más claro en el extremo del iris. No le parecía adecuado describir el segundo color como «dorado» porque esos ojos parecían fruncirse sin necesidad de arrugar el ceño.

–Te lo pagaré –dijo de inmediato.

Se preguntó qué modelo de iPhone sería, cuánto le costaría y si tendría que utilizar la tarjeta de crédito para reembolsarle el dinero. Él no respondió, se limitó a guardarse el móvil en el bolsillo y recogió la bici de ella, que seguía en el suelo sobre el carril bici. La apartó de la acera y puso el caballito junto a la calzada. Josie se dio cuenta de que debería haberlo hecho ella. La bicicleta impedía el paso, y ni siquiera se le había ocurrido moverla. Dio un paso más hacia él.

–En serio, deja que te lo pague. A lo mejor hay cerca de aquí una tienda de móviles que esté abierta y podamos...

–Para. –Su tono no admitía réplica, así que Josie se calló–. Te he dicho que no pasa nada. Además, estábamos detenidos en el carril bici, ¿no? Así que no eres la única que tiene la culpa. –Jugueteó un poco con el manillar de la bici, como si estuviera impaciente por librarse de ella, y Josie la recuperó.

–Es que...

Él suspiró, sacó el móvil del bolsillo, lo encendió y se lo mostró. La pantalla se iluminó y le enseñó la fotografía del fondo, que seguía visible debajo del agrietado cristal.

–¿Lo ves? –La pregunta fue un tanto agresiva–. Sigue funcionando. Y, además –prosiguió ignorando las protestas de ella–, en breve se me termina el contrato. Por eso no me preocupa vivir unas cuantas semanas con la pantalla rota, así que a ti

tampoco debería preocuparte, ¿vale? –Era una orden más que una pregunta.

–Bueno –dijo lentamente–. Si tan claro lo tienes... –El problema era que, aunque dijera que no pasaba nada, por su tono de voz parecía que pasaban muchísimas cosas. Josie se mordió el labio e intentó descubrir lo que se suponía que debería hacer.

–Mira, gracias por preocuparte, pero ahora mismo me iría bien una birra, así que... –Dejó la frase inconclusa y levantó la vista hacia la calle antes de resoplar y volver a mirarla–. Por casualidad no sabrías dónde está el bar más cercano, ¿no?

–¡Yo te llevo! –Josie era consciente de que sonaba demasiado entusiasmada, pero estaba decidida a conseguir que él no estuviera tan enfadado con ella. El desconocido frunció el ceño al verla asentir con fervor–. Conozco uno bueno que está justo aquí.

Lo de «bueno» quizá fuera un pelín exagerado, pero había ido varios viernes por la noche con Bia a uno que estaba al doblar la esquina. Empezó a caminar, empujando la bici de tal forma que se veía obligada a encorvarse hacia delante, y él la siguió.

–Pero no hace falta que me acompañes –gruñó mientras se metía las manos en el abrigo, que se parecía ligeramente al de Benedict Cumberbatch en la serie *Sherlock*: largo, gris y de aspecto caro–. Me puedes decir dónde está y punto.

–¡No es molestia! –exclamó con voz demasiado alta, a pesar de que estaba convencida de que a él le preocupaba menos si era o no una molestia para ella y más que fueran juntos. Pues mala suerte. Josie le iba a indicar dónde estaba el maldito bar y eso quizá volvería a equilibrar la balanza del mal karma.

El chico no hizo ningún esfuerzo por empezar una conversación, estaba especialmente concentrado en el asfalto que se

extendía ante ambos. Josie evitó fruncir el ceño, que era lo que le apetecía hacer. Sabía que lo había atropellado, pero no era necesario que fuese tan capullo; ella habría perdonado a quien se lo hubiera hecho, sin duda. No lo había arrollado a propósito.

Después de un minuto entero de silencio, Josie se arrepentía enormemente de no haberle indicado cómo llegar y no haberse marchado con la bici. Buscó a la desesperada algo que decir, pero ¿qué se le decía a un desconocido al que acababas de atropellar en la calle? Necesitaba a Bia. Si Bia estuviera en su lugar, habría hecho reír al tío en cuestión al cabo de un par de minutos como máximo.

–Oye, hum, ¿estabas volviendo a casa del trabajo? –le preguntó.

–No –respondió, y la mirada que le lanzó fue un poco incrédula.

Josie empujó la bici un poco más deprisa. Bueno, vale, pues no; de haber estado volviendo a casa del trabajo, se conocería la zona, y por lo tanto sabría dónde había un bar. Pero en defensa de ella cabe decir que él bien podría ser un empresario o un abogado de éxito que vivía en una casa enorme en el campo y que iba a Londres para las reuniones. Además, no era necesario que fuera tan borde, coño. Por lo menos podría mostrarse algo agradecido por que ella intentara llevarlo a un bar. Lo miró otra vez, pero no pudo deducir nada más sobre él, ya que todo estaba oculto debajo de aquel maldito abrigo.

–¿Y tú? –le preguntó al cabo de un rato con la clara predisposición de una persona que se ve obligada a continuar la conversación.

Josie se sobresaltó.

–¿Qué? –La había pillado por sorpresa mirándolo de reojo.

–Que si volvías a casa del trabajo.

–Ah, vale. No. –Madre mía, ese chico pensaría que era una

imbécil integral. Se aclaró la garganta—. No, solo hacía unos cuantos recados. —Cogió el manillar de la bici con una mano, quiso sacar con la otra la carta y dio un brinco al darse cuenta de que no estaba allí. Debía de habersele caído por la calle y no se había dado ni cuenta.

—¿Todo bien?

—Sí. Perdona. Es que... iba a mandar una carta, y creo que se me ha caído. —Pero se dijo que no pasaba nada. Escribiría otra al día siguiente y la enviaría.

—¿Una carta? —Su voz sonó menos a la defensiva esa vez, casi perpleja—. ¿La gente sigue escribiendo cartas hoy en día?

—Bueno, pues supongo que sí. —Se encogió de hombros—. Memo, que así se llama mi abuela, escribe muchas cartas, aunque es la persona más diestra con la tecnología que conozco. —No tenía por qué contarle que no era a su abuela a quien le mandaba una carta esa noche.

Él se apartó de la acera para dejar pasar a un corredor y guardó silencio unos instantes.

—Cuando era pequeño —empezó lentamente—, siempre intentaba que mis amigos de clase me escribieran cartas durante las vacaciones de verano, pero la idea nunca llegó a cuajar.

Se lo había comentado sin ninguna expresión, pero Josie soltó una carcajada.

—¿En serio?

—Sí. Mi mejor amigo en esa época, James Winterbourne, se quedó la carta que le mandé y luego se la leyó a todo el mundo de la escuela en cuanto volvimos en septiembre.

—¡Qué malo! —Se rio de nuevo—. ¿Qué le escribiste?

—Buf, no me acuerdo. Fue lo que pasó lo que se me quedó grabado a fuego. Nunca llegué a perdonarlo.

—Ya. Así que James Winterbourne no está en tu lista de invitados a tu boda por haber metido la pata con una carta.

Aunque la miró a los ojos, no le devolvió la sonrisa.

–Más o menos.

Mierda, a lo mejor había puesto el dedo en la llaga. A lo mejor él se había casado y todo había salido como el culo, o a lo mejor lo habían dejado plantado en el altar o James Winterbourne se había casado con el amor de su vida.

–¿Y qué haces por aquí? –le preguntó Josie con voz demasiado jovial ante el forzado cambio de tema–. ¿Vives en Londres?

–No. –Sonaba un tanto distante, pero negó con la cabeza y, al volver a hablar, lo hizo con un poco más de ganas–. No, en realidad soy de Bristol. Bueno, soy de varios sitios, supongo, pero crecí en Bristol, y ahora vivo allí.

–¿Has venido a la capital por Navidad, pues?

–No. –Hizo una mueca–. Bueno, en teoría no. –Se pasó una mano por el pelo despeinado, y los reflejos cobrizos irradiaron un poco la luz artificial–. Hoy debía coger un vuelo a Nueva York, pero lo han cancelado por culpa de una puta tormenta.

Josie frunció el ceño y levantó la vista hacia el cielo. Estaba nublado, sí, y en el aire todavía flotaba el eco de la lluvia, pero no parecía que fuera a caer un aguacero. Miró al chico a los ojos y lo vio enarcar una ceja.

–Es obvio que la tormenta no está aquí –dijo con tono lo bastante condescendiente como para que ella se pusiera colorada otra vez–. Pero sí en algún punto del Atlántico. En fin. Ahora estoy a la espera de que me asignen un nuevo vuelo, pero me da que de momento estoy aquí tirado.

–Menuda mierda –dijo intentando mostrarle una adecuada empatía–. ¿Y vas a volver a Bristol?

–No, tengo que quedarme cerca por si reanudan los vuelos, así que he reservado una habitación en un hotel de por aquí.

Josie asintió cuando se detuvieron y señaló hacia un viejo edificio.

–No parece gran cosa desde fuera, pero sirven buenas cervezas, creo, y detrás hay un bonito jardín.

–Ah, sí, superútil en este verano inglés tan encantador en el que estamos inmersos.

Parecía una broma, pero si se dignara a sonreír ella lo sabría con seguridad.

–Si no te gusta la pinta que tiene, te busco...

–No soy quisquilloso. –Se giró para mirarla de frente–. Gracias. –Se sacó las manos de los bolsillos y le tendió una. No llevaba anillo de boda, así que la teoría de que le habían robado el amor de su vida era más probable–. Me llamo Max, por cierto.

Josie le estrechó la mano con la suya. Él se la apretó fuerte, la verdad, y, aunque ella no era bajita como Bia, esa mano le hizo sentirse pequeña.

–Yo, Josie.

Por fin le sonrió. Un leve gesto en que suavizaba la expresión de los labios, pero que hacía que ese rostro cincelado resultase menos afilado.

–Bueno, pues encantado de conocerte, Josie, aunque la forma en que nos hemos conocido deja bastante que desear.

Aunque no se lo dijo de forma mordaz, ella puso una mueca.

Max le soltó la mano y le dio la espalda justo cuando Josie le propuso:

–¿Y si te invito a tomar algo?

La miró con el ceño fruncido por encima de esos ojos cambiantes. Josie movió la bicicleta adelante y atrás sobre el asfalto mientras incómodas punzadas de calor le recorrían la piel por la forma en que la estaba observando.

–O sea, en plan disculpa. Una copa a cambio de un móvil.

Y sí, era parte del motivo, porque en realidad invitarlo a tomar algo era lo mínimo que podía hacer, pero había más. Estaba ahí tirado, le había dicho. En Navidad y solo, aunque

no se lo hubiera dicho así. Y en ese momento Josie no quiso que estuviera solo, por lo menos no en ese preciso instante, porque ella sabía cómo se sentía uno al estar así.

Max ladeó la cabeza como si sopesara su propuesta.

–Una copa a cambio de un móvil... –Se encogió de hombros–. Vale.

Josie se mordió la lengua. No había sonado demasiado entusiasmado con la idea.

–¿Vale?

–Vale –repitió sin ninguna expresión, con rostro impertérrito.

Josie encadenó la bici y lamentó casi enseguida el impulso, pues daba la sensación de que ya se habían quedado sin temas de conversación, y después lo llevó al interior del bar. Tuvo que quitarse el abrigo de inmediato para soportar la oleada de calor del fuego de la chimenea de la esquina y de la impresionante multitud de cuerpos que abarrotaban el establecimiento. Se dirigió hacia la barra, decorada con falso espumillón verde y guirnaldas, pensando que ojalá hubiera podido llevarlo a uno de esos bares de barrio, uno cuyo propietario supiera cómo se llamaba y donde pudiera hablar con los camareros, en lugar de estar tan rígida y extraña como se sentía en esos instantes. Lo más parecido que tenía a eso en Streatham era la pizzería de la calle de su piso, donde iba a menudo con Bia y cuyos camareros las saludaban con educación, pero con una pizca de sospecha, como si se preguntaran si contaban con fines oscuros para comer pizzas.

Detrás de la barra, una mujer, con coletas a pesar de tener ya veintipico años, se les acercó y pasó la mirada de Josie a Max. Sonrió de oreja a oreja, más a él que a ella, y Josie lo miró por primera vez desde que habían entrado en el bar. Tenía que ser guapo de narices, cómo no. Se había quitado el abrigo de Sherlock y llevaba un jersey azul oscuro, que se pegaba a su

cuerpo con la suficiente precisión como para que quedase claro que iba a menudo al gimnasio. Los ojos bicolors eran más evidentes bajo aquella luz, y el verde oscuro se fundía suavemente con el ámbar. Tenía el pelo un poco ondulado, aunque Josie no supo si el peinado desenfadado era natural o si se debía al accidente que acababan de tener, y lucía la cantidad perfecta de barba incipiente sobre la mandíbula.

–¿Qué os pongo? –preguntó la camarera.

–Mmm, yo quiero una copa de vino tinto –respondió Josie, y miró interrogativa a Max, que se encogió de hombros.

–Vale. Lo mismo para mí.

Con las copas en la mano, Josie consiguió encontrar una mesita en un rincón y se sentó en el banco para que él ocupara la silla que tenía delante. Max puso una mueca al sentarse.

–¿Qué pasa? –le preguntó Josie enseguida. Si estaba herido por el accidente, entendería que estuviera un poco molesto con ella.

Max arqueó las cejas de tal forma que dio a entender que había sonado demasiado preocupada y señaló el techo con la cabeza. Ella frunció el ceño y levantó la vista, pero él negó.

–No, la música.

Josie se quedó escuchándola.

–Madre mía, es horrible –dijo–. Pero es que en estas fechas es imposible huir de los villancicos interminables. Hay que apretar los dientes y hacer oídos sordos.

Max frunció los labios al mirarla a los ojos, sin llegar a sonreír del todo ni, Dios no lo quisiera, soltar una carcajada.

–Brindemos por eso –comentó, y entrechocaron las copas.

Josie bebió un sorbo. No estaba tan bueno como el vino que Bia había llevado a casa, pero no estaba mal.

Relajado contra el respaldo de la silla, se concentró en la cara de ella de modo que resultó un poco intenso.

–Bueno, Josie, cuéntame. ¿A qué te dedicas cuando no vas por ahí en plan kamikaze con la bici y atropellas a desconocidos por las calles?

–Pues en realidad es mi ocupación principal. –Bebió otro sorbo de vino.

–Ajá. Ahora entiendo por qué lo has hecho tan bien. ¿Ganas mucho dinero?

–Una millonada. –Él volvió a contraer los labios–. Trabajo en *marketing* –admitió.

–En *marketing* –repitió.

–Sí, trabajo para una agencia. –Hizo una pausa y añadió con voz un tanto impostada–: Peacock, Marketing y RR. PP. Max soltó una repentina carcajada, que la sorprendió tanto que incluso se sobresaltó.

–¿Trabajas en Peacock? ¿En serio?

–Por desgracia, sí.

–Y ¿de qué clase de cosas os encargáis?

–De todo tipo. –Movi6 una mano en el aire–. Ahora mismo estamos renovando la imagen de una empresa de bañadores de lujo. –Hizo el gesto de poner comillas con los dedos al pronunciar «de lujo» porque era muy consciente de que, si no lo hacía, se parecería demasiado a Janice.

–En esta época del año debéis de estar a tope, ¿no?

–Te sorprendería. La de gente rica que se va de vacaciones a la playa para una dosis de sol de invierno y demás.

–O para comprar regalos de Navidad –observó.

–Exacto.

–O quizá sea gente que quiere estar sexi en bikini por Navidad. Para variar un poco del vestido de lentejuelas.

–Claro –asintió–. Hace unos años hicimos una investigación de mercado y resultó que muchos británicos revolotean en bikini alrededor del pavo asado. Y mi empresa dijo: «Uy, ahí hay un filón».

Max asintió con seriedad mientras bebía un sorbo de vino.
—Qué listos. ¿Y diseñan bañadores navideños, con dibujos de Santa Claus y muñecos de nieve?

—No —se rio—, pero le daré la idea a nuestro cliente. —Le vibró el móvil en la chaqueta, doblada sobre el banco, y lo sacó del bolsillo. Por suerte, su móvil, a diferencia del de él, había sobrevivido a la caída. Era evidente que no le sobraba el dinero para comprar uno nuevo.

BIA: ¿Dónde estás? ¿Te has perdido?

Josie le mandó una rápida respuesta.

JOSIE: Estoy haciendo unos recados, vuelvo pronto.

Porque explicarle que casi había atropellado a un desconocido y que estaba tomando algo con él no pareció la clase de cosas que uno trata por WhatsApp. Aunque, para Bia, el hecho de que el tío en cuestión estuviera bueno seguramente bastaría como explicación.

—¿Todo bien? —le preguntó Max.

—Sí. Era mi compañera de piso.

—¿Solo tienes una?

—Sí, hace unos años que sí. ¿Y tú? ¿Vives con alguien?

Max frunció el ceño, como si la pregunta fuera innecesariamente intrusiva, a pesar de que él le había preguntado lo mismo.

—No —contestó—. Ahora mismo vivo solo.

Josie volvió a plantearse su teoría del amante abandonado, pero le vibró el móvil de nuevo antes de que pudiera responder.

BIA: ¿¿Qué recados?? Sea lo que sea, déjalo y ven a casa. Me estoy bebiendo todo el vino yo sola y eso me pone triste.

Josie se rio para sus adentros.

JOSIE: ¡Pues deja de beber! Tendrás resaca mañana en el avión.

BIA: Exacto. Tienes que volver y salvarme de mí misma.

Con una sonrisa, Josie guardó el móvil y, al levantar la vista, vio que Max la estaba observando de tal forma que le provocó un escalofrío de calor en la nuca.

–Lo siento, pero me tengo que ir. Mi compañera de piso se marcha a Argentina mañana y quiero despedirme de ella...

–Claro. –Miró hacia la barra, que desde que había entrado en el bar se había llenado; la gente que iba a tomar algo al salir del trabajo había llegado en masa–. Bueno, no pienso enfrentarme a todos esos bebiendo aquí solo.

Se puso en pie y apuró la copa mientras ella cogía el abrigo. Juntos se dirigieron hacia la puerta del local. Fuera Josie respiró hondo el aire frío y disfrutó de la sensación de que el calor excesivo abandonara su cuerpo, aunque la hizo estremecerse.

Max se giró hacia ella y se puso el abrigo.

–Bueno, gracias por la copa. Me has compensado con creces el haber intentado atropellarme.

–Lo siento mucho, ¿eh? –Arrugó la nariz.

–¿En serio? Deberías habérmelo dicho.

Josie soltó una risilla antes de cruzar la calle hasta la farola en la que había encadenado la bici.

–¿Cómo es que tienes que irte a Nueva York?

–Mis padres viven allí. Les dije que este año pasaría las Navidades con ellos.

Su voz sonaba despreocupada, pero ocultaba algo, algo que se parecía muchísimo al modo en que hablaba ella cuando se refería a sus planes navideños. Aunque quizá se lo estaba imaginando o lo estaba proyectando. Sea como fuere, no era quién para preguntárselo.

–¿Viven allí? ¿Entonces tú creciste allí? –Ladeó la cabeza–. No tienes acento americano.

–No. –Sonrió–. Me quedé mi sexi acento británico. Mi madre es americana, pero se mudó aquí cuando conoció a mi padre, y hace dos años lo obligó a volver a Nueva York para compensar. Josie se concentró en su bicicleta.

–Supongo que es lo justo. Y ¿qué harás mientras estés atrapado en Londres? –Frunció el ceño mientras intentaba abrir el candado de la bici. Había sido tan tonta como para ponerse los guantes antes de hacerlo, complicándose así la tarea.

Max se apoyó en la farola y presenció el forcejeo de ella.

–Servicio de habitaciones y películas, ese es mi plan.

–¿Y por qué no aprovechas y haces cosas típicas de Navidad por Londress, ya que estás aquí?

–¿Como ir a Winter Wonderland en Hyde Park?

–No hace falta que lo digas con tanto sarcasmo –se rio ella–. En realidad, no es tan malo. Yo por lo general también odio esas cosas, pero mi compañera de piso me llevó hace un par de años y, de hecho, me lo pasé muy bien y... –No terminó la frase. Si se lo había pasado bien fue gracias a Bia, que había arrastrado a Josie, emocionada como una niña pequeña, de una atracción a otra. Pero Max iría solo, tirado allí sin amigos ni familiares. Josie se aclaró la garganta y levantó la vista; él la estaba observando con la misma mirada intensa–. Hay puestos de bebida y de comida, e incluso una pista para

patinar sobre hielo. Y también paradas para hacer compras navideñas de última hora.

–Muy bien –asintió–. Pues creo que deberías llevarme. –Lo dijo con calma, pero aun así la sorprendió.

–¿Qué?

–Creo que deberías llevarme –repitió mientras se metía las manos en los bolsillos–. Para compensarme por haberme arrollado con tu bicicleta.

–¿No acabas de decir que ya te lo había compensado con la copa? –Torció la cabeza.

–He cambiado de opinión. –Max se encogió de hombros–. ¿Quedamos allí a las dos?

–¿A las dos?

–Sí. Así, si nos parece insoportable, no tenemos por qué quedarnos todo el día.

Josie tan solo pudo quedárselo mirando, sin saber cómo se había metido en ese lío. Sus planes consistían en ver la televisión y llorar por culpa de Oliver, acompañada de ingentes cantidades de chocolate. Y fue probablemente por eso por lo que terminó encogiéndose de hombros.

–Vale.

–¿Vale? –Los labios de él volvieron a fruncirse en ese gesto que era casi una sonrisa.

–Vale –asintió ella.